

Buscar juntos la misericordia de Dios

Kathy Kuczka

Soy violonchelista de una sinfónica local y entiendo cómo cada instrumentista contribuye a toda la orquestación. Cuando me esmero en practicar y voy al ensayo, ayudo a mi sección y a la orquesta a completar bien su misión de interpretar una pieza tal como la imaginó su compositor. Sin embargo, si mi ego se interpone, si ignoro la necesidad de practicar o si no me presento a un ensayo, disminuyo o incluso daño el trabajo de la sinfónica.

Otro tanto ocurre con los cristianos, cuyo objetivo común es dar testimonio de Cristo unos a otros y al mundo. Tenemos también el potencial de construir o destruir la comunidad de creyentes por lo que decimos o dejamos de decir, por lo que hacemos o dejamos de hacer.

La Iglesia reconoce que el pecado daña tanto al individuo como a la comunidad, y que la reconciliación, igualmente, sana tanto al individuo como a la comunidad.

El arrepentimiento siempre trae consigo la reconciliación con los hermanos y hermanas, a quienes el pecado siempre daña (cf. *Ritual de la penitencia*, 5)

Por eso, la Iglesia provee una forma *comunitaria* del sacramento de la reconciliación. Esta forma suele celebrarse durante el Adviento o la Cuaresma, pero puede emplearse en cualquier momento del año. En la celebración penitencial comunitaria, los fieles reunidos piden perdón por sus pecados y oran unos por otros. Aunque la confesión de los pecados es individual, las otras partes de la liturgia las realizan todos juntos.

La celebración comienza con la asamblea uniendo sus voces en un canto. Después del saludo y una introducción al rito, se hace la oración inicial y se proclama la Palabra de Dios.

La celebración sacramental debe comenzar con escuchar la palabra, pues “por ella Dios nos llama a la penitencia y conduce a la verdadera conversión del corazón (cf. *Ritual de la penitencia*, 24)

La proclamación de la palabra de Dios es central. Al escucharla, los penitentes recuerdan la misericordia de Dios y examinan qué tan fielmente sus vidas reflejan el Evangelio. La Palabra desafía a los penitentes a cambiar, a alejarse del pecado y a amar a Dios. Tras la homilía, se guía a la asamblea a un examen de conciencia basado en la palabra escuchada y luego se pronuncia una especie de confesión general (por ejemplo, el Confiteor: “Yo confieso ante Dios todopoderoso...”).



En la celebración penitencial comunitaria, los fieles piden perdón por sus pecados y oran unos por otros.

Antes de que cada penitente vaya al sacerdote para la confesión individual, se reza el Padrenuestro que, por el propio *Ritual*, “nunca deberá omitirse” (27). Las primeras palabras, “Padre nuestro”, recuerdan a los fieles que Dios desea una relación íntima con la familia humana. El uso de la palabra *nuestro* y otros pronombres en plural a lo largo de la oración muestra que los seres humanos son interdependientes y que las acciones de uno afectan a los demás. En la oración, los fieles imploran perdón y buscan la gracia de poder perdonar a quienes los hayan ofendido. Así, todos hemos de ser instrumentos de reconciliación. Después de la confesión individual, la asamblea se queda reunida para dar gracias por el amor misericordioso de Dios.

La celebración penitencial comunitaria brinda a los fieles la oportunidad de reconocer las falencias de la familia humana, de buscar juntos el perdón y de orar unos por otros. Liberada y perdonada, la asamblea es enviada a ser una comunidad reconciliadora para el mundo.